

# LATÍN Y NEOLATÍN: UNA CONTRAPOSICIÓN ABSURDA

PABLO KANGISER G.

[pkangiser@lyd.org](mailto:pkangiser@lyd.org)

## Resumen

El rechazo de que suele ser objeto el uso moderno del latín (el neolatín) en las academias y cátedras universitarias puede explicarse por el exceso, y a veces el descuido, con que algunos neolatinistas suelen utilizar la lengua del Lacio para fines abiertamente banales e inconducentes. Sin embargo, una bien entendida utilización actual del latín debería convertirlo en un instrumento idóneo para mejor comprender la sintaxis del siglo I a. C. y siguientes, que no es diferente a la del latín actual, siempre y cuando el neolatinista tenga conciencia de ello y se apegue a la gramática. Así, los textos neolatinos leídos habitualmente servirían para dominar la sintaxis y para introducirse en el apasionante mundo de la literatura e historia antiguas, que deberían contribuir a conservar la identidad cultural de la Europa de hoy.

## Palabras clave

*Lenguaje, latín, neolatín, cultura, historia, latín vulgar, latín literario.*

## Abstract

The rejection of the modern use of Latin (the neoLatin) that usually takes place in academies and university chairs, can be explained by excess and sometimes disregard, of some neo-Latinists that often use the language of Lazio to ends openly banal and inconclusive. However, a well understood utilization of current Latin should become an ideal tool to better understand the syntax of the first century BC and onwards, which is not different from the current Latin, as long as the neo-Latinist be aware of it and stick to the grammar. Thus, the neo-Latin texts read will usually serve to master syntax and to enter into the exciting world of literature and ancient history, which should help to preserve the cultural identity of Europe today.

## Key words

*Language, Latin, neo-Latin, culture, history, vulgar Latin, Latin literature.*

La preocupación por la desaparición del latín en Europa y América ya lleva bastante tiempo: al menos unos tres cuartos de siglo. El fin de la segunda guerra mundial, que fue continuación de la primera, y su consecuente trauma humano trajo consigo un quiebre en varios aspectos de la cultura que hasta entonces habían tenido vigencia; dos de ellos, el cristianismo y el latín, todavía no se han recuperado y al parecer tampoco lo harán en un futuro cercano. Por lo que toca al latín, recuperar su vigencia como lengua literaria (inconfundible con el latín vulgar que evolucionó hasta desaparecer) no es tarea fácil y supone hacerse cargo previamente algunas preguntas, la más relevante de las cuales es ¿para qué se estudia latín? Una respuesta jocosa, pero sincera, la daba en los años 60 una canción italiana, traducida también al castellano: «¿De qué me sirve el latín? No sé, no sé». La cantaban los alumnos.

Para responder esa pregunta es necesario asumir un punto de vista lingüístico y declarar abiertamente de qué se trata cuando estudiamos latín: se trata de una lengua muerta y mirarla de otra forma nos hace incurrir en un error de enfoque. No se puede poner al latín al lado del francés o del inglés ni de ninguna otra lengua moderna. Al decir que estamos en presencia de una lengua muerta, es forzoso primeramente definir este término, comenzando por recordar el concepto de lengua, pero sin caracterizarla todavía como viva o muerta.

A partir del Curso de Lingüística de Saussure el concepto de lengua se opone al de habla, de modo que la lengua constituye un sistema de signos y estructuras sintácticas y el habla consiste en el uso que individualmente hacemos de los elementos del sistema. Ningún individuo es dueño de la lengua ni la puede alterar, porque pertenece a la comunidad toda: es un ente colectivo<sup>1</sup>.

La lengua es un sistema abstracto y está hecha de elementos organizados u ordenados según un patrón común a todos los hablantes que comparten ese sistema. Es un código compartido que permite, entonces, codificar un mensaje que será después decodificado por el oyente o el lector, ya que la escritura no es más que el registro de actos del habla, con la sola diferencia que en la escritura suelen perderse algunos aspectos fácticos del habla propiamente tal: entonación, expresión facial y gesticulación principalmente. Negamos que estos elementos anexos formen parte del sistema

---

<sup>1</sup> Como no sé si he entendido cabalmente a Saussure o si más bien discrepo de él en algunos aspectos, en adelante seguiré por mi cuenta, sin atribuir necesariamente mis opiniones al lingüista francés, sobre todo si las mías pueden resultar inexactas.

de la lengua, aunque no tendríamos objeción para considerarlos como elementos *adicionales* en el habla<sup>2</sup>.

Son, pues, inconfundibles lengua y habla, porque son como las dos caras de la misma moneda; la lengua es una posibilidad de expresarse, por lo que podemos decir que es una potencia, y el habla, el acto que perfecciona esa potencia. Y donde tenemos potencia y acto (en sentido tomista) tenemos también movimiento, que, a falta de otra expresión más precisa, nos referiremos a él como lenguaje, separándonos visiblemente de Saussure, que entendía por tal la sumatoria de lengua más habla.

Llamaremos 'lenguaje', entonces, a la transformación de ciertos elementos de la lengua en un acto determinado del habla. Es, por cierto, un movimiento puramente mental, que comienza en nuestra psiquis hasta que se manifiesta en el habla, sea en forma oral o en su expresión escrita. De hecho, al hablar o al escribir vamos buscando no solo las palabras adecuadas sino también la estructura sintáctica que las pueda ordenar y darles un sentido inteligible por el oyente o el lector. Que esto lo hagamos casi inconscientemente no niega que el habla es el resultado de un proceso mental que denominaremos lenguaje.

### 1. El latín como lengua muerta

Nos centraremos en tres significados que parecen tener cierta aceptación general:

A.- *Lengua no evolutiva*. En el siglo I a. C. un grupo de escritores que al mismo tiempo eran gramáticos y devotos de los griegos, creó lo que se ha llamado «latín literario». El más representativo de ellos fue Marco Tulio Cicerón (106-43) que, junto a Julio César, Cornelio Nepote, Salustio Crispo y otros separaron su producción escrita del habla popular, la que se habla en la calle. El latín que suele llamarse vulgar (aunque este término no siempre es entendido de la misma forma) continuó con la evolución que había comenzado en el siglo anterior.

La lengua que estamos denominando vulgar es de carácter vivo, es decir, evoluciona conjuntamente con la sociedad que la utiliza. Además, da-

---

<sup>2</sup> Si decimos «Juan está ahí» (indicando con la mano un lugar determinado) en vez de decir que «Juan está en su escritorio», vemos que esta última expresión es de por sí reducible a escrituración; la otra no lo es, a menos que se dé una explicación adicional. Incluso si «Juan está en su escritorio» responde a una pregunta formulada por alguien, al ponerla por escrito podrían perderse el enojo o amabilidad en la contestación u otras circunstancias propias del habla como expresión viva y que no se reflejan en la escritura, a menos que se dé información complementaria.

do que los infantes la oyen desde la cuna, pues en ella se expresan su entorno familiar y local, pueden aprenderla en calidad de lengua materna, sin una gramática, sin un diccionario y sin profesor. El hombre de Cro-magnon, cuyos descendientes somos, desde hace unos ochenta mil años a lo menos viene aprendiendo en su niñez la lengua hablada por su tribu o comunidad, y así es hasta hoy día.

Mientras el latín vulgar evolucionó hasta transformarse en el castellano, en el francés, el italiano y otras lenguas romances, el latín literario del siglo I a. C. fue imitado por los autores de los siglos posteriores y continuó siendo lengua culta por muchos siglos. Esta afirmación no excluye que el registro escrito del habla de los escritores contenga particularidades atribuibles a su estilo personal, pero que no afectan al sistema de la lengua, lo que permite, con la gramática de Cicerón, leer a Tito Livio y al resto de la producción literaria o a los textos cancillerescos, como los *Varia* de Casiodoro, y así por los siglos siguientes, sin olvidar a los autores de obras de filosofía y de teología. Como es fácil de comprender, con el correr del tiempo van apareciendo objetos e instrumentos nuevos y aun nuevas circunstancias históricas que requieren una adecuación del vocabulario o la creación de voces nuevas. Esto no supone una alteración significativa de la lengua como sistema, cuyo corazón es la sintaxis.

Tampoco la lengua literaria constituye una realidad absolutamente estanca y separada de cualquier expresión vulgar. La *Peregrinatio ad loca sancta*, p. ej., de fines del siglo IV, insinúa más de un punto de contacto.

Mientras el latín hablado en la calle evolucionó hasta desaparecer dejando solo unas pocas huellas en inscripciones funerarias y algunas expresiones aisladas, el latín literario, en cambio, perduró durante la Edad Media y los Tiempos Modernos como lengua técnica o científica casi sin contrapeso hasta la época de la Revolución Francesa. Incluso después, mantenido en uso por la Iglesia Católica, continuó siendo estudiado a nivel escolar y universitario en toda Europa. Además, en Alemania, donde el Derecho Romano estuvo vigente hasta la dictación del Código Civil, que comenzó a regir en el año 1900, el estudio del latín era una condición indispensable para ser abogado. De hecho, Mommsen y otros intelectuales de su tiempo comenzaron estudiando derecho y terminaron dedicados a la historia de Roma y a la filología, donde pudieron realizar investigaciones por su capacidad de leer de corrido el latín de cualquier época.

B.- *Lengua artificial*. Ya dijimos que una lengua materna se aprende espontáneamente y sin esfuerzo como lo hacen los niños en su primera edad. Es decir, utilizan el método natural de aprendizaje, método que está vedado hoy día al latín, desde que no existe comunidad alguna en que habitualmente se hable esta lengua como para que los infantes la aprendan desde la cuna. Lo más cercano a ese método es el inteligente curso de

Hans Ørberg, *Lingua Latina per se illustrata*, donde simula, primero, la vida en una familia en la Roma antigua, y luego se narran las aventuras legendarias de Eneas, siguiendo de cerca a Virgilio, y otros episodios históricos.

Como los niños mantienen la facultad de aprender una lengua materna sin dificultad hasta los siete años aproximadamente, el método orbergiano es eficazísimo a partir de esa etapa; pero va perdiendo paulatinamente su eficacia a medida que el alumno comienza el aprendizaje siendo de una edad mayor. Por cierto, también ha demostrado su utilidad en alumnos cercanos a los dieciocho, pero necesariamente llega un momento en que la enseñanza del latín requiere de una gramática y un diccionario, así como de las explicaciones de un profesor competente, que evite las confusiones provenientes de atribuir al latín denominaciones gramaticales válidas solo para el castellano y que, aplicadas al latín, confunden al alumno, como cuando el acusativo, que es el objeto de un verbo transitivo, se transforma misteriosamente en sujeto de un verbo en infinitivo.

Lo cierto es que, aun teniendo de nuestra parte a Ørberg, no disponemos de una comunidad lingüística donde un niño pueda acceder al latín para aprenderlo como lengua materna. El aprendizaje del latín es y seguirá siendo un ejercicio artificial desde el punto de vista lingüístico.

No obstante, no se debe confundir el latín con una lengua artificial propiamente tal, como el esperanto, el volapük, el novial y otros, que han sido pensados para su utilización internacional, con o sin prescindencia de las lenguas históricas. El esperanto, p. ej., nunca ha podido ser objeto de aprendizaje natural en una comunidad que espontáneamente lo utilice, porque es solo un ejercicio intelectual muy interesante, pero sin evolución histórica; nunca se ha vivido la historia en esperanto, ni ha sido utilizado generalmente para la comunicación entre personas en sus aspectos más íntimos, como una declaración de amor o una airada discusión entre cónyuges.

El latín sí que forma parte de la historia y de la vida; y por Cicerón sabemos de las rencillas de un matrimonio mal avenido, como el de su hermano menor, Quinto, con Pomponia, hermana de su amigo Ático. No solo debemos suponer que en la vida de la Roma histórica se utilizó el latín para estas inevitables circunstancias, sino que conocemos, excepcionalmente, hasta los términos precisos de algunas de esas querellas entre esposos (Att., V, [I] 3-4). Tampoco faltó el uso *romántico* de la lengua, como en Catulo o Propertio, que reflejan lo que debió ocurrir en la vida real.

En cualquier caso, el aprendizaje y uso del latín entre nosotros hoy día es artificial, lo que no niega en modo alguno su importancia como línea de comunicación directa con la Antigüedad Clásica y gran parte de la historia posterior.

C.- *Lengua muerta (expresión despectiva)*. Sospecho que los franceses dieron origen a este término, pues intentaron, no sin algún éxito, descalificar el uso del latín como si fuera una lengua muerta o inútil. En efecto, a partir del siglo XVI Francia logró la unificación lingüística de su territorio, asfixiando a los dialectos utilizados hasta entonces en vastos sectores, tales como el champañés, el anglo-normando, el lorenés, el picardo y otros, que quedaron reducidos a jergas de uso campesino y desaparecieron. En su lugar prosperó el dialecto de *Île-de-France* (o franciano), que entonces era el hablado por la corte del rey; desde ahí se adueñó de los procesos administrativos y del quehacer público hasta convertirse en el francés de hoy día, que ha evolucionado como lengua viva que es<sup>3</sup>.

Pero no bastó a los franceses la unificación de país bajo una lengua propia; se aspiró con evidente éxito a exportar el francés y hacerlo el idioma internacional en toda Europa e incluso en América, lo que ocurrió sin contrapeso desde el siglo XVIII hasta entrado el siglo XX. En esta cruzada lingüística por la lengua patria, el latín estorbaba porque todavía en pleno siglo XVIII seguía siendo utilizado en el campo académico y universitario. Con algunas importantes excepciones, como Adam Smith (*La Riqueza de las Naciones*) e Immanuel Kant (*Crítica de la Razón Pura*), la literatura científica aún se publicaba en latín, hasta que se impuso el francés. También Descartes, participando al parecer de esa cruzada, acusó, al terminar el *Discurso del Método*, a los partidarios del latín, de no querer escuchar sus razones por haberlas expuesto en lengua vulgar. El latín —decía— es la lengua de mis preceptores que creen solo en los libros antiguos.

Después de la Revolución Francesa el latín quedó reducido a su uso en la Iglesia, en la enseñanza de la *bella literatura* en los colegios y universidades y en el estudio del Derecho Romano. Ya no hubo producción literaria en latín y las casas editoriales e imprentas solo produjeron libros en francés y en otras lenguas nacionales. No obstante, los franceses no olvidaron completamente el latín; tanto en la enseñanza de la gramática como en crítica e historia literaria hubo nombres ilustres durante todo el siglo XIX y todavía en el siguiente; pero las colecciones de obras latinas suelen editarse en formato bilingüe, con la correspondiente traducción francesa.

## 2. El latín como lengua escrita

No soy partidario del uso oral del latín. Primeramente, no sabemos cómo se pronunciaba el latín en la época de Cicerón. De los varios estudios realizados, desde Lipsius en adelante, el que más prestigio ha alcan-

---

<sup>3</sup> G. Licoppe, *Le Latin et le politique, les avatars du Latin à travers les âges*, Musée de la Maison d'Érasme, Bruxelles, 2003, págs. 33 y ss.

zado es el de Emilio Seelmann<sup>4</sup>; pero ¿podemos confiar ciegamente en estos estudios, en gran parte, teóricos? A mi juicio, si bien constituyen un importante aporte y pueden dar una idea aproximada sobre la pronunciación, no resulta posible pensar que estamos en conocimiento cabal de esa forma de hablar. Por otra parte, la Iglesia tuvo su propia *loquella*, especialmente en misa y en la liturgia; es la pronunciación eclesiástica, diferente, en buena medida, de la denominada clásica o científica

Un punto no bien dilucidado parece ser el uso de vocales breves y largas en la pronunciación cotidiana de entonces; al menos hasta la época de San Agustín podemos pensar que el hablante latino podía distinguirlas y que habría sido capaz de oír su pronunciación en forma diferenciada. ¿Por qué esta modalidad es extraña para nosotros? Se ha pensado que solo se utilizaba en poesía, para formar esas frases sujetas a ritmo y medida, que llamaban verso; pero sabemos que también Cicerón buscaba una combinación armónica de sílabas breves y largas en los finales de frase o período. Además, muchas sílabas largas o breves coincidían con la función gramatical de una palabra o con su significado; así, tenemos que *rosã* es nominativo y *rosā* es ablativo; que *cecīdi* es perfecto de *cado* (caer), mientras que *cecīdi* es perfecto de *caedo* (herir, matar).

En mi opinión, la cantidad de las vocales, y por lo mismo, de las sílabas, nació de una necesidad práctica. En un teatro en la Antigüedad podían entrar unos 14 mil espectadores, como en el teatro de Marcelo en Roma<sup>5</sup>. Además, estos teatros funcionaban al aire libre, sin techo, y el actor, que en realidad era un cantante, iba acompañado por un tocador de flauta; sería imposible oír al intérprete si éste no emitiera su voz con una fuerza similar a la de un cantante de ópera (de hecho, es la ópera la que parece estar directamente emparentada con el teatro antiguo, más que nuestro teatro moderno). Cuando un orador proponía a los ciudadanos en el *comitium* la aprobación de una ley, o alegaba una causa ante un tribunal, en el foro, ante un gran número de interesados y curiosos, o cuando un general arengaba a sus soldados antes de una batalla, debía producirse una situación similar por la inexistencia de mecanismos de amplificación de la voz, pues la máscara de madera llamada *persona*, destinada a amplificar la voz en el teatro, debió tener un efecto muy leve, de manera tal que al hablar, si se hubieran pronunciado todas las vocales en forma breve, cada una en un solo tiempo, como se suele hablar hoy día apresuradamente, hubiera sido

---

<sup>4</sup> R. Oroz, *Gramática Latina con notas lingüísticas*, Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1956<sup>4</sup>.

<sup>5</sup> Según datos de Paoli (1942), en el teatro de Balbo cabrían siete mil espectadores y en el de Marcelo hasta veinte mil, conforme a cierta fuente; en el de Pompeyo, el más grande de todos, se habrían acomodado más de diecisiete mil. Aunque no haya precisión sobre esta información, es evidente la gran capacidad de los teatros antiguos.

imposible entender cada palabra dicha por el actor, orador o general. Por otra parte, si se alargaban todas las vocales para hacerlas plenamente audibles al duplicar su duración, el discurso o la obra de teatro hubiera tenido una duración insoportable.

Fue así que tanto griegos como romanos encontraron una forma de hablar ante el gran público, consistente en utilizar una combinación de sílabas largas y breves que hiciera entendible el discurso, pero sin exceder en demasía su duración. Cabe entonces preguntarse si en la vida cotidiana también se usaba el mismo sistema. Cuando Cicerón y Terencia hablaban en el dormitorio, ¿también lo hacían distinguiendo la cantidad vocálica? Es probable que sí, o tal vez no; porque en realidad no tenemos cómo saberlo exactamente, ni en el caso del gran orador ni en otras circunstancias de la vida sencilla y habitual.

Pero, se dirá: ¿qué importa todo ello, si hoy día el latín se puede pronunciar de la manera en que nos pongamos de acuerdo, siguiendo, por ejemplo, a Seelmann? Pero así no se resuelve el problema de fondo, que consiste en saber si somos o no capaces de adentrarnos en la cultura clásica en todos sus expresiones y detalles. Por lo tanto, parece más prudente dejar el latín hablado en Roma e Italia en el mundo de las conjeturas filológicas —lo que no invalida el esfuerzo por recuperar su pronunciación— y limitarnos al uso escrito de la lengua del Lacio. Para eso hoy día contamos con eficaces instrumentos de comunicación instantánea a lo largo y ancho del mundo: *est vobis interrete; ergo utimini*.

Sin embargo, existen hoy día modernos latinistas, partidarios del uso oral de esta lengua en toda circunstancia y lugar, que suelen reunirse periódicamente para hablar en latín aun teniendo en común su propia lengua materna, y que desde este punto de vista no requieren del latín como intermediario; pero lo hacen —entiendo— por el cariño que sienten por los clásicos para, de esta forma, practicar la lengua del Lacio. Es un esfuerzo interesante y loable, que puede tener algunos contratiempos, como la tentación, que a mí me acecharía, de expresarme en mi propia lengua materna que es una lengua viva. La precedente objeción no obsta a que un profesor pregunte a un alumno *quid nomen est tibi?* y el alumno responda *nomen mihi est Claudio*, pues en ese caso solo se trata de una forma de facilitar el aprendizaje; tampoco me parece inconveniente alguna disertación en latín en una academia especializada. Lo que no me parece bien es echar al trajín la lengua del Lacio.

Pero supongamos por un instante que, por la vía de organizar grupos latino-parlantes en toda Europa y muchos otros países, el latín recuperara su carácter de lengua viva, que tuvo hace tantos siglos; en tal caso tomaría nuevamente una naturaleza evolutiva que haría peligrar su carácter estable como medio para leer el latín en toda su milenaria trayectoria. Es pre-

ferible mantener limpiamente el uso escrito y no arriesgarnos a desconectar el latín de su tradición histórica y literaria, que es lo que da valor a su estudio.

### **3. El latín solo como disciplina optativa**

Tampoco soy partidario de la enseñanza obligatoria del latín. El porqué de esta convicción se encuentra en que, según mi modo de ver, ningún ramo en la enseñanza básica o media debería ser obligatorio por orden ministerial o estatal. Distinto es que en un establecimiento educacional se determine, según su propio proyecto educativo, que tal o cual disciplina será obligatoria y en qué grado o intensidad. Los padres elegirán o no ese establecimiento para sus hijos. Hoy día parece normal que el inglés sea aprendido por los alumnos de cualquier establecimiento; pero si en un colegio se enseñara ruso o chino, ¿por qué no?

La libertad de enseñanza y el derecho a tener educación forman una dupla generalmente protegida por la legislación. Pero no parece tener igual protección la libertad de aprendizaje, mediante la cual todo alumno (o, según su edad, sus padres) pudieran elegir libremente no solo los ramos sino la intensidad de la enseñanza. No es lo mismo dominar las cuatro operaciones aritméticas —en cierto nivel escolar— que resolver problemas de cálculo integral y diferencial. En la práctica suele suceder que un programa oficial elaborado desde un ministerio es tan extenso que, aunque se dé cierta flexibilidad, los colegios y liceos no pueden alterarlo dado que el tiempo disponible durante el año es limitado, sobre todo si resulta interrumpido por algún desorden estudiantil. Así, un plan de estudios que contenga un nivel de conocimientos mínimos para cada etapa escolar, suele transformarse en programa único, pues no queda tiempo para ejercer algún grado de libertad para enseñar otras disciplinas, ni para que el alumno tenga la posibilidad de elegir. Entregar el Estado la potestad de regular la educación en todos sus niveles es una de las más arriesgadas decisiones de interés general.

El poder del Estado tiene además otras connotaciones que llegan hasta el plano comercial, pues los libros en que se desarrolla el programa oficial pasan a constituir un monopolio legal y una fuente de enriquecimiento seguro para algunos editores. Alguien dijo cierta vez, respecto de la enseñanza del latín en un país europeo, que bastaba con comprobar que el programa oficial lo incluía, lo que ahorraba toda discusión sobre su conveniencia. Ese argumento es válido hasta que se modifica el programa y el ramo deja de ser obligatorio. Como se sabe, cuando el Estado tiene el poder de darte algo, también tiene el poder de quitártelo.

El esfuerzo para generar interés por el latín y comunicar ese interés a la juventud no es fácil y es aún más difícil hoy día. Pero quienes ya no son tan jóvenes y debieron estudiar latín cuando vivieron su edad escolar, podrían actualmente ser orientados hacia una actitud reconciliadora con la lengua latina y su uso, dado que, por sus edades (entre 30 y 80 años) están en condiciones de apreciar el deterioro que ha sufrido Europa al estar perdiendo su identidad cultural<sup>6</sup>. Es posible, más bien indispensable, incentivar a los europeos a retomar la literatura latina para que esa cultura con su ancestral espíritu, que también se extendió fuera de Europa, no se extinga completamente.

#### 4. Profesores de latín y neolatinistas

A nivel universitario muchas veces existe una visión limitada respecto de la utilidad e importancia del latín. Suele verse en él solamente una disciplina necesaria para conocer la literatura latina y adentrarse en el conocimiento de su historia; pero sin la posibilidad de ser útil también hoy día como vehículo de comunicación —escrita— entre personas del siglo XXI. Esta otra utilización es la propia del neolatín, que muchos académicos y profesores universitarios rechazan abiertamente.

Es cierto que, cuando utilizamos el latín hoy día, lo estamos forzando a funcionar en un ambiente para el cual no fue concebido. Sobre este punto Antonio Arbea señala<sup>7</sup>:

...[algunos] autores de textos didácticos, intentando innovar metodológicamente, han cometido el error de pensar que presentando narraciones sobre nuestra época y hablando, por ejemplo, del aeropuerto y de la coca-cola, iban a conseguir interesar más al estudiante, sin advertir que con ello pecaban doblemente: por una parte, desestimaban la cultura y civilización romanas en cuanto capaces de despertar el interés, desaprovechando así una ocasión tan propicia para conocer la historia; y, por otra, sacaban la lengua latina de su medio natural y la forzaban a funcionar artificialmente en situaciones que nunca fueron las suyas.

Esta postura académica que desprecia al neolatín nace de la falsa —y en cierto modo absurda— contraposición entre el latín clásico y su utiliza-

---

<sup>6</sup> Vid. A. García Marqués y J. A. García-Llorente, *EUROPA A EXAMEN. Nuevos diálogos sobre el Viejo Mundo*, Editorial Dykinson, Madrid, 2013.

<sup>7</sup> A. Arbea Gavilán, «Sobre los Estudios Clásicos Grecolatinos», revista *Gamma*, 2 (1972) 11 y ss.

ción como neolatín en época contemporánea. El neolatín no es distinto del latín de Cicerón, a no ser por las obvias e indispensables innovaciones del vocabulario. Ello no significa desconocer la cultura latina, sino, por el contrario, constituye una posibilidad de adentrarse mejor en ella. De hecho, la norma para redactar en neolatín es que quien lo lea, pueda, con la misma lengua, comprender también a los clásicos de la Antigüedad. Se trata de la misma sintaxis. El vocabulario será en parte —y solo en parte— distinto.

Negarse a la redacción de textos en neolatín significa enseñar una lengua hasta la mitad: que solo sirva para leer, pero no para escribir. Ya en la España de Unamuno se decía que el latín se aprendía solo para enseñarlo a otros. Se transforma así el latín en una herramienta casi arqueológica, sin duda interesante, pero desprovista de la fuerza y vigor que puede tener una lengua histórica y superviviente, que ha atravesado la línea del tiempo en occidente desde, por lo menos, mediados del siglo V a. C. si consideramos la *Lex XII Tabularum* como un indiscutido punto de partida del testimonio escrito de la lengua del Lacio.

El latín y el neolatín difieren, en primer lugar, en que este último debe utilizar en parte un vocabulario inexistente en el latín clásico o de siglos pretéritos, porque, obviamente, hoy día utilizamos términos correspondientes a objetos anteriormente desconocidos: automóvil (*autocinetum*), televisor (*televisorium*), telespectador (*televisor*), televisión (*televisio, telehorasis*); no tan fáciles de adaptar son algunos términos que no corresponden exactamente a un objeto determinado sino a una actividad, proceso o circunstancia: caricaturista (*gryllographus*), Revolución Francesa (*Eversio Gallica*), tráfico citadino (*transitus viarum*). Correlativamente, parte del vocabulario latino de la Antigüedad carece de aplicación hoy día: *vestiplicus* (esclavo encargado de arreglar la toga del ciudadano romano), *crogota* (túnica usada por las damas y por los sacerdotes de Cibele), *triclinium* (comedor, muy distinto del usado entre nosotros), *suovetaurilia* (rito religioso en que se sacrificaban ciertos animales). No es necesario abundar en ejemplos.

La segunda diferencia entre latín y neolatín, mucho más esencial, deriva de que el contexto histórico del latín clásico es muy diferente de lo que existe en nuestros días. Cualquiera que escriba, omite en su escrito hechos o circunstancias que supone conocidos del lector. Cuando Cicerón le confiesa a Ático en abril del 44 (XIV, 6, 1) que nada le levanta tanto el ánimo como los Idus de Marzo, alude a un hecho bien conocido por todos en ese momento, como fue el asesinato de Julio César; pero si nosotros lo ignoráramos, no podríamos entender el alcance de esa confesión.

Dicho de otra forma, todo escrito se proyecta en una especie de telón de fondo, al cual hace referencia tácitamente el escritor y en el cual encuentra su significado completo el lector, siempre que éste también pueda

poner su vista en ese telón, que está tejido con hechos relevantes de cada época y también con cuestiones insignificantes para la gran historia, pero de valioso carácter íntimo o familiar.

Así, al leer un escrito del siglo I a. C., tenemos dos problemas distintos que resolver: uno gramatical, vocabulario incluido; y otro histórico relativo al telón de fondo. La solución simultánea de ambos transforma la lectura en un verdadero *puzzle*, que impide leer de corrido, y que espantó y espanta todavía a los estudiantes. Al leer, en cambio, en latín asuntos relativos a nuestros días, es decir, al leer en neolatín, tenemos libre acceso al telón de fondo, que es el propio nuestro, y el único aspecto sin acceso gratis a nuestra mente es el gramatical; entonces resulta mucho más fácil leer de corrido en neolatín e ir de ese modo internalizando de manera habitual en nuestra mente la lengua latina y especialmente su sintaxis. Algún día nos abocaremos a un texto de latín clásico, caso en el cual deberemos hacer un esfuerzo para adentrarnos en el telón de fondo de la época, pero ya tendremos resuelto el primer problema, cual es poder leer de corrido conociendo gramática y vocabulario. En esto, entonces, consiste el neolatín, en utilizar la gramática del latín clásico y su vocabulario complementado, en parte, con términos modernos, para referir cuestiones de nuestro tiempo que faciliten el contacto posterior con la latinidad.

A modo de conclusión cabe señalar que el destino del latín en el mundo contemporáneo depende directamente de la valoración y utilización del neolatín, como lengua capaz de ejercitar al lector en la adquisición del sistema de la lengua, leyendo lo escrito en latín por personas de su tiempo y sobre temas específicamente contemporáneos. Un comentario en neolatín sobre un campeonato mundial de fútbol (*pediludium*), aunque pueda ser mirado en menos desde un alto nivel académico, será leído sin interrupciones por el que domine una gramática básica y un mínimo vocabulario neolatino<sup>8</sup>.

La lectura de corrido, la *lectio cursoria* que pedía Mathias Gesner a comienzos del siglo XVIII<sup>9</sup>, es el vehículo idóneo para adquirir con soltura el sistema de la lengua; visualizar después el telón de fondo de cada escrito en latín clásico o posterior, es una preocupación distinta, que consiste en una mirada detallada de la historia, lo que supone que no nos encerramos en un libro en lengua vernácula (aunque fuera uno de Mommsen), sino

---

<sup>8</sup> Perdón por ser autorreferente; pero sirva de ejemplo mi *Bellum Araucanum*, cuyos primeros seis breves capítulos aparecieron en la revista *Melissa* (nº 181 de agosto de 2014), y quince capítulos en la revista *VOX LATINA* (fascículo 201, tomo 51, año 2015), donde próximamente iría apareciendo el resto.

<sup>9</sup> G. Righi, *Historia de la filología clásica*, traducción de J. M. García de la Mora, Editorial Labor, Barcelona, págs. 146 a 149.

que podemos penetrar en las reflexiones más íntimas que dejaron escritas los actores y testigos del proceso político y social de Roma, y que, en uno de sus aspectos más atractivos e impactantes, nos permite tomar el pulso a los acontecimientos que produjeron el colapso de la República. La meditación sobre este período, según textos de la época, constituye no solo una justificación del latín, sino un ejercicio cultural insustituible para comprender cómo las ideas que subyacen en el tejido social contribuyen a configurar la identidad de un pueblo, y son las que empujan las transformaciones que van dejando una profunda huella en el complejo devenir de la humanidad.

### BIBLIOGRAFÍA

Arbea Gavilán, A., «Sobre los Estudios Clásicos Grecolatinos», revista *Gamma*, nº 2 (1972) (separata), Departamento de Lenguas Clásicas, Universidad de Chile, págs. 11y ss.

García Marqués, A. y García-Llorente, J. A. (eds.), *EUROPA A EXAMEN. Nuevos diálogos sobre el Viejo Mundo*, Editorial Dykinson, Madrid, 2013; *vid.* especialmente, el capítulo III, «Europa *ad bivium*. El latín: continuidad y ruptura en la cultura europea», págs. 55 a 88.

Licoppe, G., *Le Latin et le politique, les avatars du Latin à travers les âges*, Musée de la Maison d'Érasme, Bruxelles, 2003, págs. 33 y ss.

Oroz, R., *Gramática Latina con notas lingüísticas*, Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1956; Apéndice V: «Estudio sobre la pronunciación del latín clásico en relación con los idiomas modernos» (págs. 395 y ss.).

Paoli, U. E., URBS, *La Vida en la Roma Antigua*, traducción del italiano por J. Farrán y Mayoral y N. Massanés, Editorial Iberia, Barcelona, 1964. La primera edición, con el título de VITA ROMANA, es de 1942.

Righi, G., *Historia de la filología clásica*, traducción de J. M. García de la Mora, Editorial Labor, Barcelona, 1967, págs. 146 a 149.